



Martín Goycochea Menéndez



El raído

El raído constituye, sin duda alguna, la porción más curiosa del pueblo paraguayo. Tiene algo del lazarone, tal cual nos lo describe Dumas, en su indolencia nativa; mucho del aborigen en su fiero e inmenso amor a la libertad. Levanta su rancho al pie de los cocotales sombríos, y es el señor del bosque solitario y del estero infranqueable.

Tipo intermediario entre el guaraní primitivo y el hombre civilizado, el raído guarda en su espíritu las suspicacias del segundo. Soñador por naturaleza, sobrio y sencillo, no aspira a otra cosa, que a mantener intacta su noble independencia, su rancho y su cría. Ante su criterio, el mundo concluye allí donde su afecto o su interés terminan.

Si llegáis a su rancho, el raído os recibirá con franca y alegre sonrisa, ofrecerá lo mejor que posee y no preguntará de dónde venís ni a dónde vais. Generoso y amable, os dará su propia cama para que

descanséis y no exigirá por ello otro pago que el de un afectuoso apretón de manos. Y la mayor parte de las veces, el pedazo de carne y el plato de mandiocas con que os obsequia, es el almuerzo o la cena destinada a la familia. Si no hay más víveres en su hogar, la selva se encargará de proveerlos con los frutos en que desborda su inagotable fecundidad.

El raído desconoce, por lo tanto, la miseria, y, sin otra aspiración que continuar viviendo en su eterna pobreza, sin noción de otro bienestar que el que posee, cuando desea algún objeto de lujo para sí o sus mujeres, toma su hacha, se interna en el bosque, derriba un árbol de madera estimada, hace de su tronco una viga, y, llenando con el producto obtenido el objetivo de sus empeños, vuelve a tenderse en su hamaca de filamentos de cuero, para pasar los largos días caniculares haciendo vagar su pupila indiferente por sobre las vastas campiñas inundadas de sol. [84]

Este ser simple y noble del cual hablo, es, generalmente, un hombre de estatura más que mediana, de piel ligeramente cobriza y rostro inteligente, en el que campean unos ojos pardos, rasgados y luminosos. La espesa y ensortijada cabellera oscura va cubierta por sombrero de paja de anchas alas, y su ropaje, de burdo lienzo extranjero o de algodón silvestre, deja adivinar a través de sus pliegues, una musculatura ágil, sana y poderosa. Lleva constantemente los anchos pies desnudos, y cuando se aleja de su hogar, deja caer sobre los hombros el largo y fino poncho de abundantes flecos, mientras que luce en su cuello un pañuelo de vivísimos colores. Así vestido, el hijo de las selvas paraguayas, presenta ante las pupilas del viajero una silueta casi exótica, llena de nobleza en su actitud y de gracia en sus movimientos.

El alma del raído ha sido formada para la indolencia, la poesía y el amor. Es un tipo casi oriental, bajo este punto de vista, y cuando se le contempla enamorando a las mujeres en una de esas ruidosas y pintorescas fiestas a que acude, el observador piensa en cosas amables y lejanas, y llega a creer que rostros semejantes a los que mira y palabras idénticas a las que allí resuenan, ha visto y escuchado en los mercados de Esmirna y en las tortuosas calles de la lejana Alejandría. Es el amor libremente ejercido, sancionado por la costumbre, hermo­seado por la ingenuidad.

Ese desdoble de los sentimientos pasionales, en forma que en cualquier otro país se reputaría indecoroso, tiene en el Paraguay una razón social y otra razón histórica. La primera es la desproporción evidente y considerable entre uno y otro sexo, excediendo las mujeres en gruesas cifras al número total de hombres. A pesar de lo que expresan caprichosas estadísticas, basta, para darse cuenta de dicho desequilibrio, el hecho de existir en el centro del país poblaciones habitadas casi totalmente por mujeres. Estos pobres seres sufragan todas sus necesidades con el duro trabajo impuesto a sus endebles brazos, y la única compensación que obtienen es la natural y santa del amor.

Cuando el último disparo de Cerro Corá anunció el final de la larga tragedia que ensangrentó la historia americana, la mujer paraguaya se encontró con un gran deber que realizar: ella tenía que reconstruir la patria del futuro. [85]

Sobre la tierra paraguaya no quedaban casi hombres. Los ancianos, los esposos y los niños sucumbieron en los campos de batalla para marcar con sus huesos las líneas gloriosas de las

trincheras. Corría entonces, por sobre las selvas, las montañas y las llanuras, un triste viento de miseria, de llanto y desolación. La paraguaya, olvidando los propios sacrificios, con sus manos finas y pequeñas reconstruyó las poblaciones, abrió picadas en los montes, empuñó el arado para arrancar a la tierra las primicias de su fecundidad; y de esa pobre carne flagelada y de aquella gran alma llena de amargura, ha nacido el Paraguay moderno. Es ésta una sublime, heroica epopeya, que no ha encontrado aún el rapsoda genial que ha de cantarla.

¿Qué extraño es, pues, que impulsada por una tradición que ha hecho del hombre un ser querido y disputado, tanto más envidiable cuanto más escaso, qué extraño es, pues, decía, que la paraguaya, obrera gloriosa de su pueblo, haya hecho del amor un culto amplio, noble y desinteresado?

La *cuñataí*, es decir, la compañera del raído, no sabe otra cosa que ésta muy pura y muy sencilla: la mujer ha nacido para el amor. Cierta vez una muchacha del pueblo, respondió a una viajera que lanzó una frase airada sobre estas modalidades: Señora, nadie ha dicho que sea un crimen el tener hijos.

El raído es un poeta y cabe añadir que toda su poesía se dedica a la mujer. El dulce guaraní en que se expresa, hace que sus frases se destaquen llenas de colorido, desbordantes de ideas y de imágenes. La *cuñataí*, con la cabeza baja, escucha sus palabras, mientras se desgranaban uno a uno los pétalos de las rosas y las azucenas que ha prendido en el nacimiento de sus trenzas.

Las expresiones amorosas del guaraní no tienen símil en ninguna otra lengua indígena, en lo relativo a la forma en que expresan los

sentimientos, entre las galas de una frondosa retórica. Un raído no le dirá a su amada: *Eres bella*; pero, en cambio, ha de murmurarle al oído: *Tu rostro es resplandeciente como un dorado amanecer*. O si no: *Tus largas trenzas son menos largas que mis suspiros y menos negras que mis penas*. En circunstancias que llovía, escuché esta frase admirable: *El cielo llora, porque has ocultado los ojos bajo la sombra esquiva de tus pestañas*. [86]

Y todo este desborde de intensa poesía, no es otra cosa que la impresión del paisaje en aquellos espíritus soñadores. Todo en la tierra paraguaya es sugestivo, delicado, armonioso. La selva casi sin límites, pomposa, eternamente florida; las montañas azuladas, de suaves lineamientos, que se dirían rítmicos; los lagos tranquilos y profundos, donde los *pájaros del cielo*, los flamencos, muestran el nácar y el rosa de sus tersos plumajes; los valles llenos de limoneros siempre en flor, bajo cuyos azahares muestran los pumas la regia altivez de sus pieles doradas; los grandes ríos anchurosos, solemnes; el cielo, en fin, de un azul intenso y radiante, hacen que toda esa poesía maravillosa estalle en el labio con la divina palabra del amor.

El raído, artista poderoso para exteriorizar sus afectividades, es un creador en sus expresiones musicales. Sus instrumentos son el arpa y el violín, ambos contruidos rudimentariamente con finas maderas olorosas. Casi toda su música acompaña las danzas y va rimando quejumbrosos versos. El compás con que las notas vibran, breve, raudo, vagoroso, no es otra cosa que un remedo de los rumores de la naturaleza. Entre aquellos acordes arrancados a las cuerdas amarillosas por la ágil mano del arpista, parece que resonaran los sonidos misteriosos y dulces de las florestas, estremecidas por un viento tibio, en una tranquila tarde de primavera.

Ferviente católico, el raído celebra las fiestas de sus santos predilectos con estruendosas zambras. Durante aquellas solemnidades, que suelen durar varios días, baila y reza, ríe y ama. *El señor San Pedro y el señor San Juan* tienen siempre una abundante cosecha de plegarias, de cantos, de flores y de besos.

En la época del año en que la iglesia conmemora la Exaltación de la Cruz, grupos crecidos de hombres, mujeres y niños, marchan a través de los campos, llevando una cruz de madera barnizada de negro, que ostenta una estola de hilo finísimo. En ciertos lugares, ya fijados por la tradición, el cortejo se detiene, clávase en tierra el símbolo sagrado, los rezos plañideros y los himnos quejumbrosos se entonan por los labios de las mujeres, y luego la música suena, iniciándose la danza.

Las prácticas religiosas del campesino paraguayo guardan profundas reminiscencias de los cultos indígenas. *Curuzú-yeguá* [87] (cruz-adornada) no es otra cosa que la ofrenda del hombre agradecido a los dones de la divinidad. La ceremonia consiste en reír y bailar frente a un blanco calvario orlado de chipas, panes fabricados con harina de mandioca. En la elaboración del pan sagrado se hace gala de una fauna y de una flora fabulosas, surgidas a la evocación de aquellas imaginaciones ardientes y primitivas.

Así, antes de la Conquista, los guaraníes, en varias épocas del año, ofrendaban a *Curupí* los frutos de la tierra, que hacía surgir con su soplo creador y benevolente. *Curupí* era todo lo bueno y amable de la vida; la encarnación del placer y de la dicha; lo fecundo, lo amable y lo hermoso; el iris de la burbuja y la púrpura del sol en las rompientes de nubes del ocaso. Estaba en la estrella lejana y melancólica, en

el *humus* de la tierra, en la flor, en el fruto; en todo lo que da vida al cuerpo y agiganta el alma.

El ser amable y bueno aún tiene su culto. Sólo que *Curupí* se ha encarnado en la cruz.

* * *

El raído sustenta una gran pasión: su partido; y un vicio terrible: el alcohol. Su creencia partidaria se simboliza con un color, rojo o azul, y por ella es capaz de llegar al término de todos los sacrificios. Alrededor de estas convicciones partidarias, ciertos *vivos* de la política paraguaya han ejercido y ejercen una explotación inconsiderada e indecente, cuyo punto de partida es la mentira sectaria, sirviendo como base a sus afirmaciones, y cuyo final no puede ser otro que el retroceso definitivo de la nacionalidad. De lo que menos se acusan las fracciones de opinión, es, las unas de empobrecer y barbarizar al país, y las otras de pretender entregar la patria al extranjero. El raído, acostumbrado desde hace largos años a escuchar como verbo encarnado la palabra de sus directores de opinión, ha llegado a creer en la evidencia indiscutible de estas afirmaciones.

El alcohol diezma al raído, con especialidad en los pueblos de la costa donde no es difícil tropezar con un número crecido de personas mordidas por la tisis o agobiadas por incurables enfermedades [88] cerebrales. El examen científico indica que esos gravísimos males tienen un solo punto de partida: el alcohol. Los viejos y los niños beben a gruesas dosis el aguardiente de la caña de azúcar, y el embriagarse con ese fermento de agradable perfume y

cristalina transparencia, es para el raído, más que una costumbre, un deber. La *caña* es el elemento principal de sus alegrías y el bálsamo con que calma todas sus penas.

No a todas las horas de la vida el habitante de las selvas permanece inactivo. Tiene sus épocas de labor, aquellas en que ha de plantar en los rozados los tallos prolíficos de la mandioca. Es ese tubérculo el pan del pueblo paraguayo. Sus prolongados bulbos contienen un fino almidón que se presta a mil combinaciones y que sale de los hornos convertido en la chipa dorada y sustanciosa. Cuando los jesuitas gobernaban las Misiones, la siembra de la mandioca daba motivo a solemnes festivales religiosos. Las imágenes de los santos colocadas frente a las tierras de labor, protegían el esfuerzo del hombre, que inclinando su cabeza sobre el surco, balbuceaba los ruegos de una plegaría. Hoy, todavía no se han extinguido esos recuerdos; he visto a una anciana, casi centenaria, dejar caer sobre la tierra recién arada, la bendición de sus manos temblorosas.

El raído sólo siembra mandioca, maíz o maní, pues aquello llena sus más íntimas necesidades. Rara vez ara la tierra con el propósito de comerciar, e indiferente y silencioso, se limita a sonreír cuando se le dice que la promesa de un agradable futuro le está aguardando en aquellos campos incultos, visitados tan sólo por los animales salvajes.

La existencia plácida, patriarcal del guaraní moderno, tiene también sus luchas. La naturaleza, que le viste y le sustenta, suele presentar a su paso temibles peligros. Al lado de la selva está el estero, pantano inmenso, en el que se reconcentran las aguas de las grandes lluvias, junto con el *humus* que las corrientes arrastran desde el fondo de las

florestas impenetrables. El estero, desbordante de flores, luciendo una perpetua primavera, tiene el fondo negro y tenebroso del abismo.

Los esterales están extendidos profusamente por todo el país y engendran los afluentes de los estuarios que van hacia el [89] Plata. El estero es de fondo movable; cuando se pone el pie en sus márgenes, se le siente estremecerse por entero. Para cruzarlo hay que entablar una terrible lucha entre el fango que atrae y aprieta las carnes y el cuerpo que le huye. Bajo cada mata de pasto hay un peligro; en cada claro recubierto de musgo aterciopelado, un precipicio. Los saurios duermen al sol con sus largas mandíbulas entreabiertas, y las serpientes temibles ocultan sus nidos en los talles finos y ondulantes de los *piríes*. A esto hay que agregar que el estero no tiene caminos. La única ruta posible es la de la audacia. Y, sin embargo, el raído cruza el estero, despreciando el peligro y burlándose de la muerte.

Hay mucho de fatalista en el espíritu de ese hijo de las selvas tropicales. La firme y tranquila audacia de que está revestido, no es otra cosa que el producto de un indiferentismo absoluto hacia ese término extremo que marca el límite entre el ser y el no ser. Y, así, como se le ve luchar con el estero, vencer el fuego que le cerca el hogar, cuando los bosques se incendian, atacar a un tigre con un simple facón y dejarlo muerto de una sola puñalada, a sus pies, así también se le vio en otra hora entre el estruendo de los combates, firme, recto, sonriente...

En la memoria del raído perduran aún los recuerdos de aquellas epopeyas ya lejanas. El desastre ha dejado en el alma del hijo del pueblo un sedimento de amarga melancolía. Relata los trágicos hechos de que sus padres, y aun él mismo, fueron actores, con

palabras en que trasciende dolorosa emoción. Sabe que la revancha es imposible, y quizás, por eso mismo, abismándose en sus sentimientos fatalistas, no quiere saber lo que significa ese término tan vago y a la vez tan real que suena: *porvenir*.

El hijo de las selvas guaireñas nada ha pedido hasta hoy a sus conciudadanos, sino su libertad dentro de los bosques. Allí, en el contacto directo de esas grandes cosas creadas por la omnipotencia de la vida, su espíritu sensitivo se impregna de poesía, para verterla⁽⁵⁾ después en las canciones que ha de entonar al compás del arpa indígena, ante la maravilla de las noches rumorosas.

Ser libre por excelencia, trata de tú a Dios y a los hombres; su ancha frente bronceada está siempre erguida; su corazón no [90] conoce las hondas decepciones, que amargan a las colectividades modernas.

Ignorante y feliz, altivo y a la vez humilde, ama lo bello de la existencia, y su retina, al reflejar las líneas y el color de aquellos mágicos panoramas, ante los cuales sus años se deslizan, imprime a sus sensaciones cadencias que vibran en sus palabras y fulgores que centellean en los reflejos de sus morenas pupilas.

De todas las cualidades enumeradas y que forman la esencia moral e intelectual del habitante de las selvas paraguayas, puede resultar, por un vasto y constante trabajo de asimilación de ideas, un elemento utilísimo para los destinos de la democracia americana. Hay que elaborar asiduamente ese carácter, impregnándolo con el perfume de los ideales de su pueblo y de su siglo.

Pero, mientras esto suceda -hora quizás muy lejana- el raído es y será la porción más bella de esa tierra en que aún se cuentan las hazañas del fiero Lambaré, y el viajero que quiere conocerle, tendrá que ir a encontrarlo en su rancho de madera de palmas, bajo las gráciles palmeras coronadas de lianas que abren castamente sus soberbios pompones azulados.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo